

## Antropogénesis de la conducta

A los que suelen seguir mi pensamiento teológico les recuerdo que en mi página web existe un audio titulado *“El silencio de Dios”*. En este artículo vamos a emprender una confrontación dialéctica entre el silencio y la palabra y, aducir algunos pensamientos sobre la realidad de la Revelación Bíblica *“Cuando Dios habla”*. Los contrastes entre el silencio de Dios y su manifestación verbal son más que interesantes. Dios puede guardar silencio y puede hablar. Él es la Palabra, el Verbo y puede verbalizarse o puede guardar silencio por un tiempo y manifestarse audiblemente más tarde.

El punto de partida de este breve ensayo es el siguiente: ¿de qué depende la conducta del ser humano? Moisés en el Génesis la define y la hace surgir de la desestructuración amártica devenida en la transgresión adámica relatada en el capítulo tres de este primer libro del Pentateuco.

Pero para poder dar algunas posibles orientaciones sobre una problemática tan importante es necesario abordar el tema desde el corazón de la antropología bíblica. La Biblia se ocupa de Dios y del hombre. En el Antiguo Testamento y en el Nuevo se nos explicita la estructura y tectónica de la personalidad del ser humano. La revelación de la estructura antropológica del hombre (varón/mujer) en el A.T. y en el N.T. es coincidente cien por cien. La tectónica de la personalidad de un antropos (ser humano) está constituida por un cuerpo, un alma y un espíritu. La interpretación trinitaria de esta realidad la definen los teólogos, de esta hermenéutica, de la siguiente manera: el hombre fue creado a *“Imagen y semejanza de Dios”*. Dios es una realidad inefable y trascendente; por consiguiente, el hombre es un ser tripartito constituido por un cuerpo, un alma y un espíritu. Preguntamos: **¿hay en Dios tres personas distintas o tres manifestaciones diferentes de la misma realidad divina? Es decir: ¿no es una verdad, lapidaria, que Dios se puede manifestar como Padre, como Hijo y como Espíritu? Creo que esto constituye una enseñanza clara en el Nuevo Testamento.** El no saber diferenciar o discernir entre el Verbo y la Encarnación del mismo, en el personaje histórico

llamado Jesús de Nazaret, crea un tupido velo de obscurantismo que nos aleja de una exégesis y una hermenéutica adecuada. Así nacieron los dogmas en el seno de la Iglesia. En el Antiguo Testamento se constata que el ser humano esta constituido por un cuerpo (heb.: basar), un alma (heb.: nefes) y un espíritu (heb.: ruah). Esta estructura o tectónica de la personalidad está basada en textos como Gen. 2:7 y 24 así como en Ecle. 12: 7. En el N.T. existe abundante material para describir la estructura tectónica de la personalidad. Para el caso escogemos aquellos textos donde viene expuesta de manera más clara y completa; así la encontramos en la 1ª carta a los Tesalonicenses en su capítulo cinco y verso 23, donde dice: *“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo”*. Hoy, en día, existe una coincidencia significativa entre la Biblia y la Ciencia al considerar al antropos como una UNIDAD PSICOSOMÁTICA.

Los etólogos o estudiosos de la conducta humana y animal, se dividen entre los que defienden que la conducta humana se genera por una influencia peristáltica, para ellos la conducta del hombre depende de la influencia que ejerce el perimundo en el que vive inmerso; o por el contrario para otros, no es el perimundo el que condiciona la conducta, sino aquella realidad que emerge de la esfera de la intimidad de un ser; en definitiva, de los contenidos que moran en lo más profundo de su corazón.

Desde un punto de vista bíblico entendemos que el perimundo influye en la conducta, pero no la determina.

Al llegar a este punto de argumentación filosófica-teológica, es necesario preguntarnos: ¿cómo se genera el perimundo? La desestructuración amártica o sea la entrada del pecado en el hombre y en su perimundo (el termino griego “amartia” tiene el significado de error, fracaso y frustración), se produjo desde el hombre: *“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”*. Por esta influencia amártica se produjo la desestructuración del hombre y del cosmos.

El pecado no se generó en el hombre, si no en un ser creado por Dios y puesto en una situación de gran eminencia. La Biblia lo describe como el Diablo o el Satán. Aquí entramos en el problema de la génesis del bien y del mal. Dios es un soberano absoluto y la comprensión de este Ser, mas allá de racionalizaciones elucubrativas, nos invita a entrar en su misma Interioridad. En consecuencia, creo que la Biblia enseña que lo que determina la conducta humana no depende tanto de los condicionamientos peristálticos sobre el antropos, como de aquellos que salen de su corazón. Esta cuestión etológica se la plantearon a Jesús de Nazaret, en su día, los maestros y teólogos (escribas y fariseos) de su tiempo. Estos estaban convencidos de que lo que contamina al hombre era aquello que procedía de su perimundo pero Cristo enseñó lo siguiente: *“Pero decía, que lo que del hombre sale, esto contamina*

*al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones (gr.: inmoralidades sexuales, pornografía, prostitución, etc.), los homicidios, los hurtos, las avaricias (gr.: ansia de tener más y más), las maldades, el engaño (gr.: el dolo), la lascivia (gr.: desenfrenado instinto sexual, desvergüenza, libertinaje, quitar el freno, quitar la vergüenza), envidia (gr.: mal de ojo), la maledicencia, la soberbia, la insensatez (gr.: lo inconsciente, la locura). Todas estas maldades (gr.: cosas malas) de dentro salen, y contaminan al hombre”.*

Seguimos avanzando en nuestras consideraciones y volvemos a preguntarnos: ¿Dónde se engendran las tendencias desestructuradoras? Algunos textos de la Revelación bíblica nos pueden ayudar al respecto: en primer lugar, abordamos Job 5: 6-7: *“Porque la aflicción no sale del polvo, ni la molestia (heb.: desdicha) brota de la tierra. Pero como las chispas (heb.: los hijos de la llama) se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción”.* La traducción de este último texto de la Biblia de Jerusalén es esclarecedora: *“es el hombre quien la aflicción engendra”.*

Esta realidad se clarifica más todavía en la Epístola de Santiago (un documento neotestamentario que pudo ser el primer escrito al que tuvieron acceso las Iglesias del siglo primero. Así en Santg. 1: 13-18 encontramos: *“Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado (gr-inducido al mal), cuando de su propia (gr.: idias) concupiscencias (gr-epitumias) es atraído (gr- arrastrado) y seducido (gr.: enganchado por el cebo). Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz (gr.: engendra) el pecado; y el pecado siendo consumado, da a luz (gr.: engendra) la muerte”.* A la luz de todo lo expuesto se podría decir que el mal brota y sale de las entrañas del hombre. Explicitando: mi YO es tentado por mi concupiscencia. Mi propia esfera consciente y volitiva es inundada por los deseos concupiscentes que emergen de las profundidades de nuestro corazón. En palabras de C. G. Jung *“no somos dueños de nuestra propia casa”.* Continuando con Santg. 1: 16-18, este hermano de Jesús nos enseña que *“Toda buena dádiva y todo don (gr.: regalo) perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación (gr.: toda buena dádiva de arriba es del Padre de los Fotones, con quien no hay cambio de posición o eclipse por el cambio). Así el autor de esta extraordinaria carta concluye: Él (Dios), de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra (gr.: logos) de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas”.*

En función de todo lo expuesto llegamos a la conclusión que Salomón nos explicita en su libro de Proverbios: *“El corazón conoce la amargura de su alma”.* Desde los estratos inconscientes de la esfera de nuestra intimidad alcanzamos a entender los trastornos psico-afectivos de nuestra psique. Pero este conocimiento se da a nivel inconsciente y puede quedar reprimido, sin que este alcance la esfera consciente de nuestro YO. La realidad anímica se deviene en la profundidad de nuestro

ser, pero conscientemente no la conocemos. A este respecto Jeremías 17 acude en nuestra ayuda para clarificar la realidad de nuestro hombre interior: *“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso (VM.: desesperadamente malo) ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino”*. Hay pues una relación profunda y clarificadora entre Dios y los estratos mas profundos de la esfera de nuestra intimidad, como diría Salomón entre Dios y nuestro corazón. Y dado que del mismo salen las tendencias instintivas que emergen a nuestra consciencia y conciencia ético-moral, la Escritura recomienda:

*“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de el mana la vida”*. Una traducción mas literal dice: Mas que toda cosa guardada, guarda tu mismo corazón porque manan de el las salidas/corrientes de la vida-VM. Proverbios 4:23. Y el mismo autor de Proverbios añade: *“¿Dame, hijo mío, tu corazón”*. (Prov. 23: 26).

Entregar nuestro hombre interior al Señor, tiene una finalidad salvífica: su limpieza. Cuando el Espíritu de Dios mora en las profundidades de nuestro ser, llega nuestra liberación que nos catapulta hacia la realidad trascendente y eterna.